



Fernando Macarro, para la vida y la libertad Marcos Ana, en su casa de Madrid, hace dos años. // JORGE CITORES

R. PÉREZ BARREDO / BURGOS
«¡No nos olvidéis! ¡No nos olvidéis!» Frente a la puerta del penal de Burgos, instantes antes de recobrar una libertad arrebatada durante más de veinte años, Fernando Macarro Castillo escuchó el grito a la vez desesperado y jubiloso de sus compañeros, que se arracimaban en torno a los barrotes de los ventanaucos de la prisión. En silencio se detuvo. Miró hacia los muros grises. Su hogar. Interiorizó el ruego humano de aquellas siluetas sombrías y se juró cumplimentarlo, aunque le fuera la vida en ello. Lo que no sabían entonces las autoridades que habían permitido la puesta en libertad del preso más veterano de las cárceles franquistas era que tras su quebradizo aspecto era un niño encerrado en un cuerpo de adulto, de semblante macilento, delgado y ojeroso - se escondía un símbolo de dimensiones colosales. La persona a la que estaban buscando desesperadamente porque, también desesperadamente, su voz había llegado al mundo entero - la voz desgarrada de un poeta que, entre rejas, estaba dañando con su grito la imagen internacional de aquel régimen represor -, era aquel hombre que llevaba las tres cuartas partes de su vida encerrado. Era, sí, Fernando Macarro Castillo, pero también ese otro, ese tal Marcos Ana del que hablaba medio mundo, ese poeta encarcelado del que hacía apología Pablo Neruda, esa bandera de la libertad que ensalzaban Rafael Alberti y María Teresa León allá donde viajaban.

La cárcel le ha perseguido to-

El símbolo de la libertad

Marcos Ana, el preso político que más años pasó en prisión durante el franquismo -23, la mayoría de ellos en el penal de Burgos-, presenta el martes en la Sala Polisión sus memorias, *Decídme cómo es un árbol*

da la vida como una sombra alargada. En sueños todavía está en su celda. Vuelve a sentirse mirando a un cielo cortado por barrotes con la humilde esperanza de ver volar un pájaro, o escribiendo versos con letra minúscula en un papelillo de fumar. Despierto, a veces, la conciencia le ha jugado malas pasadas: al pedir la llave de la habitación del hotel en el que iba a alojarse preguntaba «cuál es el número de mi celda?». A pesar de tan obsesivas e invisibles cadenas, Marcos Ana es ahora un poco más libre. Durante años recorrió el mundo entero denunciando la situación de los presos políticos a través de su experiencia personal con el único fin de poder ayudarlos, pero le faltaba un último ejercicio. El más íntimo. Contar toda la historia. La

suya. Ya lo ha hecho. *Decídme cómo es un árbol* es el título de sus memorias, que el autor, en un gesto cargado de simbolismo, ha querido presentar en Burgos antes que en ningún otro sitio fuera de Madrid. Será este martes, a las ocho de la tarde, en la Sala Polisión del Teatro Principal. Con 87 años de edad y 64 de vida, Marcos Ana reconoce sentirse un poco más «diberrado» a pesar de haberse resistido durante años. «He descubierto que la felicidad también deprime: estoy contento, pero siento una suerte de desazón», dice el poeta. «Volver al pasado siempre duele, pero yo no había evitado escribir mis memorias por eso, sino por pudor. Yo fui la voz de todos mis compañeros, de los que llamo los héroes oscuros, la gente anónima y sin nombre. Y aunque pasé 23 años encarcelado fui un privilegiado. La vida fue luego muy generosa conmigo. Al convertirme en símbolo de todos ellos, recorrí el mundo, fui agasajado, conocí a los personajes más importantes de la época», dice con honestidad. Todo el libro está transido de

una desbordante humanidad. Ana ha querido que así fuera, que destacara el costado más humano de aquella experiencia sin igual, por encima de los relatos que también los hay - más políticos y farragosos. Y lo ha hecho pensando en sus destinatarios, que no son ni sus compañeros ni sus camaradas, «sino esa inmensa mayoría que no nos conoce. Hay mucha gente que tiene una imagen deformada de nosotros, y quiero que llegue a esa gente y, sobre todo, a la juventud».

INFANCIA, GUERRA Y CÁRCEL. Marcos Ana nació en 1920 en la aldea salmantina de Alconada, aunque su infancia transcurrió en Alcalá de Henares, adonde se trasladó su familia tratando de alejarse de la miseria. En la localidad madrileña

le sorprendió la Guerra Civil. Tenía 16 años y se acababa de afiliar a la Juventudes Socialistas Unificadas. Aunque formó parte del Batallón Libertad, que trató de frenar el avance sublevado en la serranía madrileña en los primeros meses de la contienda, ser menor de edad le alejó de las trincheras, dedicándose a labores de instrucción política en la retaguardia. En 1937, una bomba de la aviación facciosa destruyó varias manzanas de su pueblo. Él estaba cerca, pero salió ileso. No así una de las personas que vio entre los escombros y a la que reconoció rápidamente por sus botas de campesino: era el cuerpo de su padre, ya sin vida entre las ruinas humeantes. Aquella estampa afianzó su compromiso político y de lucha por los valores de libertad que representaba la República.

Pero el desarrollo del enfrentamiento convirtió en derrotados a quienes defendían el legítimo gobierno. Marcos Ana salió de Madrid y fue detenido en Alicante, en cuyo puerto vio zarpar al

Stanbrook, el último paquetebote que evacuó a quienes querían huir de una represión segura.

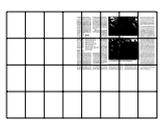
Ésta, para él y para otros, no se hizo esperar. Detenido y trasladado a Madrid, fue «bárbaramente torturado con los procedimientos más vejatorios y despiadados. Uno consistía en meterle un gran embudo en la boca y echar agua hasta que te sentías morir ahogado; otro, colocarte una máscara de gas con los conductos de oxigenación cerrados. No soportabas la angustia de la asfixia y caías al suelo sin co-

[[[

Miró hacia los muros grises. Su hogar. Interiorizó el ruego humano de aquellas siluetas sombrías y se juró cumplirlo

[[[

Aunque estuve tanto tiempo encarcelado he sido un privilegiado. La vida ha sido generosa conmigo»

<h1>Diario de Burgos</h1>	Tirada: 15.604 Difusión: 13.908 (O.J.D) Audiencia: 48.678	Sección: - Espacio (Cm_2): 512 Ocupación (%): 55% Valor (€): 921,77 Valor Pág. (€): 1.667,00	
	Castilla León General Diaria	22/10/2007	

nocimiento», relata en el libro. La cárcel de Porlier, en Madrid, fue su primer destino. Ingresó en mayo de 1939. No conocería la libertad hasta 23 años después. En la húmeda soledad de la celda, durante los primeros años, llegó a perder la cordura; rumiaba el musgo que le nacía al suelo y las paredes; hablaba solo en voz alta. De allí pasó a la prisión de Alcalá; regresó a la de Porlier, donde fue condenado, por primera vez, a muerte. La angustia de saber que cualquier día iban a sacarlo para acabar con su vida fue una tortura tan dura como la física. Esa incertidumbre... Pero la muerte no vino, y fue trasladado primero al penal de Ocaña y por fin, en 1945, al de Burgos.

LUCHA Y CULTURA.

Destino de presos políticos considerados peligrosos por su actividad en otras cárceles, la prisión de Burgos se convirtió en un hervidero de ideas y acción a pesar del celo de los guardianes. Entre los gruesos muros del penal se siguieron formando políticamente. Los libros prohibidos eran encuadernados con las tapas de los permitidos, casi siempre dedicados a vidas de santos. Pronto se creó un tertulia político-cultural, *La Aldaba*, que fue luego el germen del periódico *Muro*, manufacturaban

los presos y que conseguirían sacar a la calle milagrosamente. Ana recuerda con especial cariño un homenaje que se le hizo una noche a Miguel Hernández. Fue una puesta en escena espectacular, con tres actos y un prólogo. Mientras unos compañeros vigilaban por si llegaba el carcelero, otros representaban los poemas del de Orihuela.

Aquel fue el primer contacto de Marcos Ana con la palabra. El *Canto General* de Neruda y poemas de Alberti o León Felipe eran su alimento. Empezó a escribir poemas, y algunos compañeros le animaron a sacarlos extramuros. Así lo hizo durante meses. Se buscó un pseudónimo, por lo que pudiera pasar. No lo pensó mucho. Homenajearía a sus padres: Marcos, muerto en un bombardeo, y Ana, fallecida de dolor y tristeza cuando conoció la noticia de la condena a muerte de su hijo. Un día, en un paquete clandestino, le llegó un pequeño librito. Se titulaba *Poemas desde la cárcel*. Lo firmaba Marcos Ana. A partir de entonces, sin saberlo, se convertiría en un símbolo internacional.

LA LIBERTAD, LA VIDA. El 17 de noviembre de 1961 Fernando Macarro Castillo fue puesto en libertad. Había entrado con 18



Con su admirado Pablo Neruda, en 1963.



Con sus compañeros de cautiverio, en el penal de Burgos (1950).

años. Tenía 41. Nunca creyó que aquel ansiado sueño pudiera ser doloroso. Durante meses, soportó problemas en sus ojos por la luz natural; sufrió náuseas y vó-

mitos por la comida; padeció de vértigo, angustia y pánico ante los espacios abiertos. Adaptarse a una vida fuera de los muros no fue nada fácil. Tampoco las rela-

ciones sociales. Él nunca había estado con una mujer. Los primeros meses los pasó en Madrid, en casa de una hermana. Era vigilado. Mientras tanto, sus camaradas comunistas le estaban preparando la salida clandestina del país.

En París fue recibido como un héroe. Fue la primera parada de un viaje por todo el mundo que se prolongaría durante años: Chile, Argentina, Cuba, Inglaterra, URSS, Uruguay, Suecia, Brasil, Italia... Icono de la libertad y la dignidad del hombre, allá donde iba hablaba de sus compañeros; allá donde iba, contaba el horror; allá donde iba lloraba al recordar las noches de aislamiento, el miedo, el silencio, los golpes, el hambre, el frío; allá donde iba se enorgullecía al recordar la solidaridad, la dignidad intacta de todos a pesar de todo. Saramago dice en el extraordinario prólogo a *Decídme cómo es un árbol*: «Presentándose como memorias de una vida, es mucho más que eso, no sólo porque su autor rechaza todas y cada una de las tentaciones de mirarse, complaciente, en el espejo, sino, sobre todo, porque lo rompe para que, en sus múltiples fragmentos, se refleje el rostro de sus compañeros de infortunio. El yo, aquí, es siempre un *nosotros*». Y es que Marcos Ana no les olvidó. No les falló. No paró de denunciar su situación hasta que ésta terminó con la muerte del dictador y la amnistía posterior de todos los presos políticos.

«Mi pecado es terrible: quise llenar de estrellas el corazón del hombre». Marcos Ana.